

CINCUENTENARIO
DE LA RESIDENCIA
DE ESTUDIANTES

1910



1960

PALABRAS DEL
PRESIDENTE DE
LA RESIDENCIA
ALBERTO JIMÉNEZ-FRAUD

CINCUENTENARIO DE LA RESIDENCIA

1910 - 1960

CINCUENTENARIO
DE LA RESIDENCIA
DE ESTUDIANTES
1910 - 1960

Palabras del Presidente de la Residencia

ALBERTO JIMÉNEZ-FRAUD

O X F O R D
Edición privada

Depósito Legal. V. 4.304-1960

Num. Regis. 1.662-60

Tip. Moderna - Oliverola, 30 - Valencia - 1960

*Cincuentenario
de la Residencia*

"HABLAREMOS de esto dentro de cincuenta años", solía yo responder, poco después de 1910, cuando fieles amigos de la Residencia, comentando los primeros pasos felices de nuestra institución, trataban de convencerme de que debíamos hablar públicamente de lo que ellos llamaban nuestros éxitos. Ahora, en este año de 1960, se cumple el quincuagésimo aniversario de nuestra fundación: es el año en el cual creía yo que todos los Residentes reunidos podíamos volver los ojos al camino recorrido, examinar la obra hecha y juzgar si los esfuerzos

realizados eran dignos del programa al que la Residencia, en el momento de su creación, había prometido sujetarse, ofreciendo consagrar a él una devoción animada por un entusiasta impulso.

Lejos estábamos en aquellos años de pensar que nuestra obra, nacida en la propicia atmósfera liberal que en España y en Europa entonces se respiraba, había de quedar truncada. Era una atmósfera afirmativa de los principios democráticos, y creyente de que un pueblo entero podía participar de la vida política, si el sentido de la cosa pública estaba difundido ampliamente, y si la educación preparaba al gobierno del Estado por medio de la discusión y de la persuasión —las cuales llevan consigo un poder moralmente regenerador, que infunde vida

y hace fructificar las instituciones, y que puede conducir a un nivel de moral pública capaz de afirmar normas de conducta política cercanas a las que rigen, o todos creemos que deben regir, las relaciones privadas.

Se abrigaba en aquellos años la esperanza de lograr un acercamiento al ideal del Estado tolerante y respetuoso con las diferencias individuales, con la libertad de las opiniones y con la independencia de los ciudadanos; del Estado no opresivo, y dispuesto a aumentar en lo posible el grato disfrute de la libertad. Ideal bellissimo, pero frágil: por las condiciones de independencia, generosidad, amplia inteligencia, austera conducta y esforzada vigilancia que dicho ideal exige de quienes se entreguen a su servicio; por la natural oposición que despierta en to-

dos los individuos y grupos privilegiados; porque las armas de discusión y persuasión que maneja, sólo muy lentamente pueden abrirse camino; y porque está expuesto a los continuos ataques de dogmáticas definiciones, o a los violentos empujes de impaciencias reformadoras, que con sus opuestos e infecundos métodos de opresión y de revolución, logran malograr los mejor dirigidos y más nobles esfuerzos.

Iba, sin embargo, Europa bordeando tan graves peligros, persiguiendo el bello ideal del Estado libre y extendiéndolo a nuevos países; y la misma rapidez con que se propagaban en éstos las ideas liberales, engendró un confiado descuido, que indujo a no prestar atención al campo de las relaciones internacionales, donde fueron refugiándose esas malas pasiones de astucia, en-

gña, fuerza, crueldad y violencia, que son las artes inferiores que el hombre aplica a la política, apoyándose en la razón de Estado o en la obsesión nacionalista, artes en las que exhibe el apetito de poder que le devora, para satisfacer el cual no tiene inconveniente en recurrir a los más desesperados expedientes.

Y surgió la guerra que no quiso evitarse. España quedó fuera de ella, y la Residencia pudo continuar entregada a una obra, que era —según decían los distinguidos europeos que nos visitaban— como un oasis en medio del desierto de la Europa de la post-guerra; oasis donde se continuaba tributando homenaje a los valores espirituales que se afirmaban en la declaración impresa que habíamos circulado por toda España, y que decía así:

La Residencia cree, como se cree en la vida misma, en una futura misión espiritual de España, y aspira a cultivar en su seno, por mutua exaltación, las virtudes individuales y cívicas necesarias para cumplir dignamente los destinos históricos de la raza. La visión de los dolores de nuestra patria creó una generación pesimista que, aunque vivió entre negaciones y escepticismos, tuvo el valor de denunciar todas las falsas actividades que dirigían la vida española. Esa misma generación continúa ahora su varonil ejercicio, levantándose —enérgica y unida— en un impulso de fe, que la llevará a recobrar lo perdido, a costa de cualquier esfuerzo. En la vanguardia de este grupo, creyente y luchador, queremos ocupar un puesto, nosotros que hemos nacido lo bastante tarde para tener la fortuna

de crecer en una sana atmósfera de esperanza, que dejará en el fondo de nuestro espíritu como una fuente de vigor perenne.

La Residencia quiere ser el hogar espiritual donde se fragüe y depure, en corazones jóvenes, el sentimiento profundo de amor a la España que se está haciendo, a la que dentro de poco tendremos que hacer con nuestras manos. Este sentimiento será, a su vez, el propulsor más fuerte de nuestra múltiple actividad cotidiana; porque sólo responderemos seriamente a sus exigencias, elevando hasta el más alto grado posible nuestro perfeccionamiento y desarrollo individual. Y, en consecuencia, la actividad que nos imponamos, no será nunca demasiada; y todo aquello en que nos sintamos corregidos o limitados por el ambiente

colectivo de esta casa, ya se trate de defectos individuales o de otros más extendidos por la sociedad española —que cada época y cada pueblo tiene los suyos—, hemos de mirarlo y recibirlo como la mayor prueba de amor y de respeto hacia lo que de bueno, elevado y fecundo haya en nosotros como hombres y como españoles.

Desearíamos que estas palabras fuesen una declaración íntima y leal dirigida a cuantos, benévolaemente, han puesto su vista en nosotros, y, sobre todo, a aquellos jóvenes que quieran sumarse a nuestra obra.

LA seguridad y el fervor con que esta ambiciosa declaración se dirigió al público, agrupó desde el primer momento en derredor nuestro cuanto en España estaba animado de un espíritu constructor y afirmativo. E iniciamos nuestra marcha, amparados por aquella famosa Junta para Ampliación de Estudios (presidida por Cajal y alentada por Castillejo, el discípulo de Giner y de Cossío) y autorizados por un patronato presidido por Menéndez Pidal, los cuales refrendaban todas las iniciativas tomadas por mí, con absoluta autonomía, como Presidente de la Residencia.

Preocupóse ésta, desde sus comienzos, de que los programas de estudio

que ofrecía no sufrieran de esa separación entre disciplinas científicas y literarias de que adolece el mundo moderno, el cual presenta los conocimientos en ese fraccionamiento, cada vez mayor, que tanto daño ha hecho a las ideas liberales, ya que las disciplinas quedan encerradas en recipientes estancos, no sólo en el pensamiento sino en el lenguaje, y cada investigador habla su dialecto; no habiendo filosofía que una esos separados fragmentos para construir un conjunto definidor de una escala de valores. Todo lo cual origina indiferencia hacia las normas de conducta, y fomenta un vago determinismo que, al impedirnos distinguir entre lo bueno y lo malo, nos conduce indefensos a los dominios en que ejerce su imperio la fuerza.

Para las primeras disciplinas encontró la Residencia un fiel amigo en un famoso científico, joven de edad (murió en 1918, a los 37 años) y mucho más joven de espíritu: Nicolás Achúcarro, que había sabido mezclar el austero humanismo inculcado por Giner, al entusiasmo científico de sus maestros Simarro y Cajal. Achúcarro colaboró con nosotros en la creación de los laboratorios de la Residencia, fue maestro de los que primero los dirigieron, y explicó en nuestra casa (en el curso 1912-13) un magistral curso de Histología. Se iniciaron modestamente los trabajos en los laboratorios de Histología y de Química, y pronto funcionaron —cada día con más creciente éxito— los laboratorios de Química general; de Química fisiológica, con una sección para el estudio del

metabolismo; de Anatomía microscópica, con aplicaciones a la Fisiología; de Fisiología general y de Fisiología del cerebro; de Bacteriología y de Serología. Contábamos, además, con los laboratorios de las dos vecinas y famosas instituciones científicas: el Instituto Nacional de Ciencias Físicas y Naturales, y el Instituto de Física y Química, dirigidas por don Ignacio Bolívar y don Blas Cabrera, eminentes hombres de ciencia, cuya colaboración con nuestra obra fue siempre tan eficaz como afectuosa. Citemos, al lado de estos científicos, los nombres de Cajal, Carracido, Casares, Hernando, Pittaluga y otros, animadores y consejeros de la obra de nuestros laboratorios, y los de los directores de ellos: Blanco, Calandre, Guerra, Lafora, Madinaveitia, Negrín, Ranedo, Río Hortega,

Sacristán, Suárez, Sureda, Vázquez, etcétera, para señalar el volumen y la calidad de la labor práctica y de investigación que en nuestros laboratorios se realizaba.¹

¹ No siendo yo hombre versado en materias científicas, temeroso de valorar con exceso el influjo que nuestros laboratorios ejercieron en la vida universitaria y científica españolas, y queriendo dar noticias de ellos en un libro que entonces yo preparaba sobre la Residencia, recurri en Oxford, hace veinte años, a uno de nuestros más destacados Residentes —que entonces, juntamente con Río Hortega, continuaba en Oxford su labor científica—, quien redactó para mí una nota por la que podía juzgar desapasionadamente la obra de nuestros laboratorios, y que es la autorizada opinión de nuestro querido amigo el Dr. Don Severo Ochoa, hoy profesor y director del departamento de Bioquímica de New York University. El premio Nobel de Medicina, 1959, le ha sido concedido al Dr. Ochoa y a su colaborador el Dr. Kornberg, por producir, fuera de un organismo vivo, cadenas de moléculas como las que se suponen que en los organismos vivos controlan la producción de proteínas y gobiernan la transmisión de las características hereditarias, de una a otra generación.

"Los laboratorios de la Residencia —dice el Dr. Ochoa— desempeñaban una doble finalidad: pedagógica y de investigación. Varios de ellos

Actuaban como estímulos para esta actividad científica, las visitas de personalidades como Madame Curie, Ed-
dington, Einstein, Broglie, etc., que

desarrollaban cursos regulares, en los que un grupo de estudiantes seleccionados recibía una instrucción eminentemente práctica. El excesivo número de estudiantes en las facultades de medicina y ciencias de la Universidad de Madrid dificultaba enormemente la posibilidad de que en ellas se llevase a cabo una enseñanza práctica con el alto grado de eficiencia que la formación, tanto profesional como científica, de los alumnos hubiese hecho deseable. Y los laboratorios de la Residencia permitían a los estudiantes más aventajados llenar, y muy cumplidamente, aquella laguna, ofreciéndoles la posibilidad de realizar por sí mismos las diversas técnicas biológicas y químicas e iniciarse en el terreno de la investigación científica. Por lo general, muchos estudiantes seguían sucesivamente los cursos de los diversos laboratorios. En todos ellos, el trabajo realizado era intenso, y fácilmente se comprende lo que supone como preparación y formación para un médico o biólogo el conocimiento y dominio de las técnicas analíticas y experimentales de las disciplinas básicas de su profesión.

Además de esta enseñanza, que podría calificarse de elemental, todos los laboratorios ofrecían a los interesados la posibilidad de una formación de tipo superior, de iniciación en investigación

venían a disertar en la Residencia, y los cursos y conferencias con que nuestros más íntimos colaboradores (Cabrera, Ortega, Morente...) preparaban

científica. Lo más común era que en esta dirección se encasuzaran estudiantes que previamente habían seguido los cursos elementales. El trabajo experimental de gran número de tesis doctorales se llevó a cabo en los laboratorios de la Residencia. La posibilidad de un mayor perfeccionamiento y especialización se ofrecía a muchos de los jóvenes investigadores iniciados en los laboratorios de la Residencia, después de algunos años de trabajos en los mismos, al ampliar temporalmente sus estudios en centros y laboratorios extranjeros, con la ayuda de becas concedidas por la Junta para Ampliación de Estudios, por la Universidad o por la Residencia. Esto beneficiaba también a los laboratorios de la Residencia, ya que, a su regreso, muchos de estos jóvenes ponían en marcha, en dichos laboratorios, nuevos sistemas y técnicas, y extendían a nuevos territorios las orientaciones de la labor experimental llevada a cabo en los mismos.

La contribución de los laboratorios de la Residencia a la formación de la juventud científica española ha sido asombrosa, y numerosos son hoy los ejemplares de tal contribución. Si bien algunos de los laboratorios realizaban sólo la labor pedagógica y formativa anteriormente esbozada, en algunos de ellos se efectuó una intensa labor de investigación científica. La del laboratorio de

dichas disertaciones. Quiero creer que el gran ejemplo de esos ilustres huéspedes de la Residencia, máximos representantes de un juvenil y progresivo espíritu de aventura del pensamiento, dejó en todos nosotros una huella bien

Histología Normal y Patológica, por donde ha desfilado gran número de estudiantes y científicos extranjeros, a más de numerosísimos españoles, requiero apenas mención, ya que es bien conocida de los especialistas y no es ignorada del público culto de España y de Hispano-América. En dicho laboratorio se han llevado a cabo fundamentales e importantes trabajos sobre la estructura de los centros nerviosos, y principalmente de la trama neurógica de los mismos. En el laboratorio de Fisiología se realizaron importantes trabajos sobre la función de las glándulas de secreción interna, tales como el estudio del mecanismo de la secreción de adrenalina, y el papel, en la misma, de la inervación espláncica; la influencia de la corteza adrenal sobre las reacciones químicas de la contracción muscular, y sobre el metabolismo de la creatina y la regulación de la reacción actual de la sangre. La colaboración entre los diversos laboratorios se desarrolló, no sólo en el terreno pedagógico, sino en el de la investigación, en estudios de naturaleza histofisiológica, entre los laboratorios de Fisiología e Histología Normal y Patológica."

plantada dentro de la gran tradición liberal, la cual no participa de esa superstición del puro especialista, que cultiva una mente cerrada y estrecha, la más mortal enemiga de la ciencia (como también lo es de la religión o de la política) y creadora de hábitos de ciega obediencia a autoridades absolutas; hábitos que si degradan el intelecto, todavía degradan más la conciencia.

ESFORZÁNDONOS por ascender a ese clima de altura a que nos eleva una amplia formación, creíamos cludir el abismo de incomprensión mutua, cada día más profundo, que separa en dos grupos antagónicos la vida intelectual de la sociedad de occidente: el grupo de las artes y el de las ciencias. Y aunque ese abismo es cada día más hondo, no queríamos aceptar una división entre los hombres educados en dos tipos distintos de disciplinas intelectuales, una división en la cual los científicos habitarían un mundo frío y mecánico, desprovisto de poesía, encanto y misterio, pero sólido y tangible, y con un camino ya señalado de antemano y cada día más repleto de abundancia

tecnológica; y los intelectuales literarios habitarían un mundo reducido a las estrechas dimensiones de lo irracional y ensoñador. Creíamos, y seguimos creyendo, que ni sólo el aumento de racionalidad científica, ni sólo el ensueño literario, pueden conducir a esa elevada esfera que ofrece acceso a una escala de valores espirituales; y que sólo una mente abierta a todas las ideas y perseguidora de una síntesis de conocimientos, puede abrirse camino hacia una vida mejor.

Una mente abierta a todas las ideas... "Celebro hablar entre vosotros —decía el político Cambó—, en esta Residencia de Estudiantes, que es como un oasis en el desierto, donde tienen repercusión las vibraciones de la vida universal, donde no se vive en ese alejamiento total y letal de la vida del

mundo..." Hendían nuestro espíritu las mejores influencias: Baruzi, Belloc, Claudel, Chesterton, Jacob, Unamuno, nos hablaban de sus inquietudes religiosas; Bergson, Keyserling, Morente, Ortega, de sus problemas filosóficos; Cossío, Gómez Moreno, Moreno Villa, Orueta, Sánchez Cantón, afinaban nuestra sensibilidad artística; Cambó, González Hontoria, Keynes, Palacios, Sforza, traían a nuestra consideración temas políticos y económicos; Wells discurría sobre los negocios del mundo, y Eddington sobre el universo estelar; Cabrera, en unas conferencias, trataba de electricidad; Castellarnau, de la imagen óptica; Corominas, del sentido de la riqueza en Castilla; Marañón, de la patología e higiene de la emoción; Morente, de la filosofía de Bergson; Turró, de la base trófica de

la inteligencia; Onís, de problemas universitarios; Zulueta, de la edad heroica...

Y exploradores y arqueólogos —Bruce del Himalaya, Carter de Egipto, Joyce de Lubaantun, Wooley de Ur— nos comunicaban sus descubrimientos; Gropius, Le Corbusier, Lutyens, Mendelsohn, nos informaban sobre la nueva arquitectura; los Cantores ingleses, Esplá, Falla, Landowska, Milhaud, Pittaluga, Poulenc, Ravel, Strawinsky, Lorca, Torner, nos regalaban música propia y ajena...

Y Azorín, con *El Licenciado Vidriera*, conmemoraba, en las ediciones de la Residencia, el tricentenario de Cervantes, y Bal, con *Treinta Canciones de Lope de Vega*, el tricentenario de Lope; Eugenio d'Ors pronunciaba sus primeras lecciones en aquel "hogar

de la inteligencia", "Casa de estudiantes, con mucho de orden de caballería, que es la Residencia"; Solalinde publicaba su primer libro; Ortega el suyo: *Meditaciones del Quijote*; la "Compañía de los Quince" inauguraba el nuevo edificio del Auditorium; la revista *Residencia* anotaba estas actividades... Y en continuas veladas literarias y musicales, los Residentes establecían contacto con las más altas figuras artísticas, literarias y científicas españolas, recibiendo de ellas informaciones directas, y a veces inéditas, que luego comentaban con los "dones" o tutores que con nosotros convivían...

Todos ellos, y otros muchos (Mauriac, Pardo Bazán, Duhamel, Frobenius, Valle-Inclán, Cendrars, Martin du Gard, Nicolai, Pélliot, Starkie, Hackin, Elliot Smith, Iorga, Benda, Moret,

Nielson, Marinetti, Worringer, Macz-tu, Moles, Drinkwater, Pittard, Manuel Machado, Marquina, Piaget, Obermaier, Barthélemy, Calder... la lista sería interminable), nos hacían seguir, día por día, el movimiento político, filosófico, social, literario, artístico y poético de Europa entera.

Creíamos que esta mente abierta era la actitud indicada para alcanzar una perspectiva filosófica, una filosofía coordinada de la vida, sin la cual un pueblo civilizado se precipita en la decadencia. Actitud liberal bien difícil de mantener en la época actual, aquejada de una tendencia a la especialización, que empuja a la educación general a seguir el camino de la ciencia técnica y racionalizada, un camino que puede conducir a la insensatez tecnológica y al provincialismo nacionalista.

El mundo cambia con inmensa rapidez, y la educación tiene que atender, sin duda, a las nuevas exigencias que ese cambio impone; pero también es cierto que estamos corriendo el peligro de confundir la educación con la tecnología, y de juzgar del valor de la educación por lo que ofrezca de instrucción técnica y de enseñanzas industriales. Los pueblos que mayor influencia ejercen hoy en nuestra civilización occidental están dominados por los valores materiales, y han tomado una actitud decididamente pragmática con respecto a la educación.

CONVENDRÍA reflexionar sobre qué es exactamente lo que entendemos por amplia formación. Se corre el peligro de considerar ésta en su sentido más angosto y estrecho de una educación que da única importancia al estudio de las llamadas humanidades, o sea, de la naturaleza humana y de los negocios humanos, y en especial de la historia y las literaturas griega y latina, en la creencia de que los altos ejemplos humanos que éstas ofrecen proporcionan las normas y el juicio necesarios para dirigir discretamente y resolver con acierto los asuntos humanos.

Suscita esta actitud, y con toda razón, la postura contraria: los adelantos de las ciencias, las aplicaciones de

las conquistas de éstas al progreso técnico, con el consiguiente poder en las fuerzas de *dominio* y *agresión*, y las presiones económicas que la rivalidad y competencia desencadenan en un mundo cada vez más próximo y reducido, obligan a hacer de la ciencia el único objeto de nuestros estudios. O ciencias o artes. Y al encerrarnos en este estrecho criterio, las ciencias y las artes reducen su campo visual y se refugian en programas de especialización, cada vez más especializados y esotéricos.

No puede afirmarse que uno de los dos sistemas de educación, el humanista o el científico, sea más o menos apto que el otro para lograr la formación de una comunidad civilizada y, dentro de ella, de una minoría preparada para dirigirla. No podemos prescindir ni de

las letras ni de las ciencias. No podemos admitir que un hombre esté educado si no ha atendido al estudio de la sociedad humana y de sus aciertos y de sus errores, y si no conoce la historia de los esfuerzos realizados por sus antecesores en beneficio de la civilización y del progreso humanos. Pero si sólo ha recibido esta educación que pudiéramos llamar literaria, estará malamente preparado para enfrentarse con el mundo moderno, si no mantiene contacto con los complicados problemas económicos de los tiempos presentes, y si la actual revolución de las técnicas científicas no ocupa un primer lugar, no sólo en su instrucción, sino también, y sobre todo, en sus preocupaciones y previsiones sobre los concretos problemas históricos y sociales

que a nuestra consideración se imponen.

Las enormes dificultades que ofrecen las fuerzas que han desencadenado las ciencias aplicadas, no podrán resolverse si artes y ciencias conjuntamente no tratan de coordinar las hostiles ideologías que luchan por conseguir el dominio mundial, buscando soluciones prácticas que permitan adaptar la nueva revolución científica al servicio de lo más sustancioso y esencial de nuestra gran tradición humanista. Entonces, y sólo entonces, la llamada educación humanista será digna de ostentar este nombre.

Es pues, empresa urgentísima, la de llenar ese hondo abismo que separa en dos grupos opuestos —letras y ciencias— la vida intelectual de la sociedad occidental. No existe hoy pro-

blema más urgente. Para estudiarlo y tratar de encontrarle solución, deberían prestarle apremiante atención las más claras mentes que hoy existan en el mundo, poniendo de relieve la interdependencia que hay entre toda clase de conocimientos, sin distinción de letras ni ciencias, pues igualmente necesarias son las precisiones de hechos y de lógica, que creemos patrimonio exclusivo de las ciencias, como las de imaginación y aspectos cualitativos y estéticos que reclaman para sí las letras. Hoy se ofrecen al filólogo, al antropólogo y al psicólogo, fascinadores problemas cuya solución depende de la ayuda que presten la fisiología, la biología y otras disciplinas científicas. Aplicando una mente abierta a la proximidad e interdependencia que existe entre todas las disciplinas; descubrien-

do cómo elementos racionales e intuitivos, convencionales e ilógicos, inteligentes y emotivos, intervienen en todos, y volviendo a esa filosofía coordinada de la vida, que con igual simpatía acude a cualquier manifestación del espíritu humano, ese abismo irá desapareciendo.

Es falsa la concepción de que explorar nuestro mundo por medio de la experiencia es superior o inferior a investigarlo a través del espíritu humano. No hay diferencia entre esos dos tipos de exploraciones: las dos son actividades del espíritu humano, que no pueden clasificarse como pertenecientes a estratos o capas diferentes del ánimo del hombre. Cuando se parta de este reconocimiento de que la ciencia, lejos de ser una colección de técnicas, es una gran manifestación aní-

mica comparable a la religión, al arte o a la literatura, se volverán a considerar en su integración todos los esfuerzos que la humanidad realiza en el proceso de su historia.

No habrá entonces peligro de que la especialización mate a la educación, pues lejos de convertirnos todos en especialistas, éstos tendrán que atender a no ocultar en lenguaje esotérico los frutos de su actividad. De lo contrario, existe el peligro de que las nuevas verdades científicas, si bien puedan probarse tecnológicamente y demostrarse en fórmulas matemáticas, no se presenten a ser expresadas con los pensamientos y las palabras que sirven de medios de comunicación entre los seres humanos, y que éstos, atentos sólo a los progresos de sus habilidades técnicas, olviden discutir y razonar sobre las con-

secuencias de ellas, y sean víctimas de sus poderes destructivos.

El dilema es éste: O todas esas nuevas técnicas —que han aumentado de modo prodigioso los medios que el hombre puede poner en servicio de su pensamiento— quedan supeditadas a la virtud máxima de nuestra sabiduría o juicio, para que éste las ponga al servicio del progreso moral humano; o únicamente atentos a las apariencias (que pueden conquistar a tantas claras pero estrechas inteligencias, y que tantas catástrofes suelen atraer con su reducida visión) y enloquecidos por nuestra habilidad técnica, y angostando imprudentemente nuestra visión, nos precipitamos en un proceso de degeneración, y de posible extinción del género humano.

COORDINACIÓN, integración, aspiración a unidad superior, síntesis de conocimientos humanos... Son términos que parecen guardar parentesco con esa unidad orgánica que persigue la buena poesía, en la que intuición y pensamiento no deben andar disociados; parentesco que quizá explique la notable afinidad que entre la obra de la Residencia y la de nuestros grandes poetas hemos creído notar en conversaciones con ellos y con tantos otros finos espíritus en quienes el ideal de la Residencia encontró inmediatas inteligencia y aprobación. Esos poetas eran —para mí, al menos— la voz articulada, capaz de cantar melodiosamente el sentido de nuestra institución.

Relata Moreno Villa, en su *Vida en claro*, cómo ingresó en la Residencia, la cual le retuvo durante veinte años.

Y cómo yo le dije: "Vente a la Residencia. Tú no vas a ser pedagogo, pero vas a ayudarme más de lo que tú te figuras." Cómo me ayudó, él lo fue luego descubriendo: su finísimo espíritu y su aguda inteligencia pronto percibieron cuán fecunda y continua era la corriente establecida entre los valores a que la Residencia trataba de ascender y los que habitan en las altas esferas donde sólo tiene acceso el verdadero poeta, el que, como dice Moreno Villa, sabe enlazar, relacionar, fundir, con gracia espiritual, lo que no se había conectado. "Es llevar a la conciencia ajena el vislumbre de una realidad no constatada por otro

camino que el de las afinidades profundas.”

De esa afinidad entre los valores poéticos y los de la Residencia, departí mucho con él y con los que Valéry llamaba “los poetas de la Residencia”, esos poetas cuya afinidad entre ellos era también profunda, aunque tanta disparidad hubiera entre la musa de Antonio Machado y la de Juan Ramón. “En Antonio Machado —dice Moreno Villa— hubo un filósofo vocacional, ya que no profesional, y esto le imprimió carácter. Fue filósofo por dentro y por fuera. No había más que oír el tono paternal, de altura bondadosa, con que decía, moviendo la cabeza: “Ah, ya, Juanito”, al darse cuenta de que hablaban de Juan Ramón. Nada más que con el tono dado a tan reducida expresión, podíamos notar

que era una expresión filosófica, que encerraba un juicio, no adverso, pero sí de disparidad, como de quien posee otro concepto del mundo y de la producción poética... Antonio Machado fue uno de los poetas nuestros de más aliento metafísico, y su fama no crece sino al estallar la guerra... El terreno estaba preparado; el valor de su pensamiento y la importancia españolísima, clásica y profundamente humana de Antonio, venía proclamándose por la "inmensa minoría". Que a tal valoración contribuyeron elementos como Eugenio d'Ors y como la Institución Libre de Enseñanza y la Residencia de Estudiantes..."

Esa afinidad a que nos referimos, hacía que esos grandes poetas considerasen a la Residencia como su hogar espiritual. "Bajo los chopos y adelfas

del jardín de la Residencia —dice Rafael Alberti—, o en su habitación (la de García Lorca), eran los desafíos poéticos, la lectura de los nuevos poemas. Por allí resonaron, recién escritos, los de *Presagios*, el libro original de Pedro Salinas, y los de *Cántico*, de Jorge Guillén; por allí dije yo, con la timidez del más joven, canciones de mi *Marinero en tierra*. Juan Ramón Jiménez, exresidente ya en aquellos años, pasaba algunos atardeceres con nosotros, dándonos el gran ejemplo continuo de su perfecta vocación, elevada a religiosidad y ascetismo, mientras el bueno de Antonio Machado, perdido siempre en la provincia, nos mandaba su eco desde la paramera de Castilla o las llanuras de Baeza, eco que repetíamos de recio por aquella casa de la cultura, albergue de poetas,

por donde se alternaban de cuando en cuando con las nuestras, voces de afuera, como las de Paul Valéry, Claudel, Aragon, Eluard, Teixeira de Pascoaes..."

Muchos otros podrían añadirse a los nombres que menciona Alberti, ya que la tradición poética de la Residencia nació con sus primeros quince miembros. En este grupo fundador de 1910, al lado de los futuros catedráticos Viñuales, Solalinde, Candil, P. Castro, y futuros médicos, abogados, diplomáticos, etcétera, figuraba el delicado poeta mallorquín Miguel Ferrá. Poco después, se enriquecía la Residencia con la presencia de Moreno Villa, Juan Ramón Jiménez y Jorge Guillén, y editaba las *Poesías Completas* de Antonio Machado (primero y único volumen de versos incluido en

sus publicaciones), contribuyendo así a la valoración del pensamiento y de la obra del poeta.

Luego, en los años de la Residencia que Moreno Villa (en su *Vida en claro* y en *Los Autores como Actores*) señala especialmente —por coincidir en ella Lorca, Dalí y Buñuel—, el poeta Emilio Prados escribía sus primeros versos. Y últimamente, entre 1927 y 1935, fue Residente otro gran poeta, Gabriel Celaya, quien celebra nuestro Cincuentenario agasajándonos con estas, nunca bastante agradecidas, palabras: "todo lo que soy se lo debo a mi Residencia", palabras que sólo un espíritu elevado y seguro de sí mismo, se complace en regalar tan liberal y graciosamente.

No es extraño que apoyada la Residencia por poetas que intuían nuestra obra, y por científicos, filósofos, literatos, profesionales, políticos y personalidades sociales que la informaban, animaban y apoyaban, se lanzase a esa difícil empresa de la educación liberal de una minoría directora, en los comienzos del siglo xx, precisamente cuando la política liberal del siglo xix estaba fracasando por aferrarse a la doctrina de una sociedad atomística y por su incapacidad para iniciar un movimiento de coordinación social, dando por terminado el sistema de libre concurrencia. Las clases medias, cuya importancia había ido aumentando desde el siglo xvi, eran in-

dividualistas y sólo pedían el orden necesario para poder ejercer sus actividades individuales; y mientras esas clases dominaron, las doctrinas del liberalismo individualista eran las más adecuadas para ellas.

Pero cuando el industrialismo y la educación produjeron el nuevo tipo del artesano, esas doctrinas se desmoronaron y el concepto de los individuos absolutos con absolutos derechos desapareció, y con él la consideración del Estado como un producto del acuerdo de sus miembros, conceptos que hacían derivar de los individuos la vida entera, pública y privada; no siendo el Estado sino la masa resultante de la agregación de los individuos. Quedaba así la sociedad completamente desarticulada y desaparecía todo elemento histórico en la vida del Estado, el cual

quedaba reducido a puro agente de seguridad exterior y a presidir con aire impotente la libre concurrencia en todas las esferas sociales.

Contra estas abstractas pretensiones del liberalismo (que al no disponer de un elevado programa social atraía el descrédito hacia sus formas políticas) se elevaron las censuras de las escuelas teológica y democrática, las cuales consideran la sociedad como un todo orgánico cuyas fuentes jurídicas no pueden ser la mera suma de las voluntades individuales. Para la primera, todos los elementos que forman la vida del Estado son fuerzas vitales que se enlazan y compenetran. Y en la escuela democrática, los socialistas hacen provenir la vida entera de la unidad social representada por el Estado. Pero una y otra escuela, en lugar

de buscar esa unidad superior de los distintos órdenes a que deberían aspirar, no persiguen sino los fines más inmediatos de determinadas clases, para lograr los cuales recurren a unos sistemas de garantías basados en la desconfianza y en la fuerza, como medios de gobierno de un pueblo que no es ya un conjunto de individuos libres, sino una masa obligada a ejecutar —no a preparar, y mucho menos a discutir— la obra del gobierno.

Por falta de una educación adecuada de las clases directoras europeas, fracasó el liberalismo por lo que debía fracasar: por mantener la vieja doctrina liberal de una sociedad atomística, en la cual el individualismo y la competencia habían provocado (en una sociedad que en el siglo XIX se tenía por progresiva) una especie de

esclavitud industrial. Si quiere hacerse de esa Europa —cuyo poder espiritual ha creado el mundo moderno— una gran realidad política, quizá esté aún a tiempo de encontrar soluciones para los problemas modernos, si en lugar de considerar al pueblo como la masa atomística de individuos que busca el privilegio de la clase que cuente con mayor número de individuos, afirma que el pueblo es la comunidad social entera, en toda su interna variedad y en toda su interna riqueza.

En esta atmósfera de crisis liberal, nosotros —con una creencia liberal más adaptada a los tiempos— queríamos engrosar las filas de los que frente al ideal limitado de la competencia individual, trataban de reforzar de nuevo los ideales sociales estoicos y cristianos, que perseguían un estado de coordina-

ción social; queríamos oponer a la interpretación maquiavélica de la sociedad en términos de lucha por la vida, la optimista doctrina de la consonancia, la concordia, la paz entre los hombres, volviendo al ideal estoico-cristiano de una democrática hermandad; y queríamos reafirmar la ideal figura de hombre que las teorías filosóficas y la intuición cristiana habían hecho crecer y arraigar en Europa, y las ideas y emociones de respeto y de amor entre los hombres.

Se nos dirá que es ideal impracticable. Sólo sabemos que durante siglos ha mostrado su fecundidad en Europa, aumentando y enriqueciendo la conciencia de la dignidad humana y haciéndola capaz de las más nobles aventuras.

H^{EMOS} llegado, casi sin sentirlo, a hacer una declaración de fe que seguramente no sorprenderá a los que con frecuencia oían comentar lo que se llama nuestra filiación idealista, o criticar nuestras "limitaciones" al suponer que nos desviábamos del espíritu práctico de los tiempos; y haciendo en un caso u otro alusión a ese soplo vital que nos animaba y al que los Residentes daban el nombre de "espíritu de la Casa".

En realidad, sólo tratábamos de amoldar nuestros actos a lo que constantemente declarábamos en nuestras palabras. Creíamos, y creemos, que nuestra época analítica, crítica y destructiva —demasiado atenta a los in-

tereses de la vida real y demasiado entregada a la pequeña rutina de los negocios diarios— no presta bastante atención a la cultura del espíritu y a los sentimientos desinteresados, los cuales apremian tanto a la naturaleza humana como las necesidades materiales de nuestra vida física. Creemos que los sentimientos de dignidad personal y la aspiración a la verdad, la bondad y la belleza que toda conciencia cultivada siente, y la necesidad de perfección que el alma anhela cuando se encumbra a esferas superiores de contemplación, responden al destino elevado que a la humanidad corresponde.

Creemos en ese destino; nos entregamos con optimismo a la fe en la naturaleza humana; entendemos que es posible desarrollar en ella todas sus facultades superiores; opinamos que el

progreso moral existe y que permite a la humanidad pasar del estado de barbarie, en que sólo hay una masa obediente y pasiva, a ese estado civilizado en que la conciencia individual se desarrolla y es capaz de rebelarse contra la fuerza brutal y contra los groseros apetitos del centauro dominado por la bestia; y anhelamos desarrollar la virtud de la urbanidad, enemiga de cerradas rivalidades y de estrechos espíritus sectarios. Estamos del lado de la verdad, estamos del lado de la persuasión, estamos del lado de la justicia y de la razón, ricas herencias de nuestras tradiciones clásica y cristiana. Hay en el hombre un elemento bueno y llamado a vencer, que aspira a la perfección: y al servicio de esa parte noble del hombre ponemos con fe nuestros esfuerzos. Y los actos de la Residencia

buscaban un ideal de perfección, nunca alcanzado, pero perseguido con constancia.

Persegúbamos con gran entusiasmo este bello ideal de formación amplia o humanista, aunque teníamos clara conciencia de nuestras muchas limitaciones y de los graves obstáculos que el momento histórico europeo había de oponernos. Algo se había frustrado en esa Europa donde la filosofía clásica había extendido el credo de que el hombre era un ser libre capaz de vivir de acuerdo con su razón y en paz con sus semejantes; y en donde se compartía una fe común en la naturaleza razonable de los hombres y en que la humanidad, guiada por la razón, podía gozar de los beneficios de la libertad, si sabía amparar ésta con las debidas instituciones. La iglesia cristiana había

adoptado esa concepción clásica de la libertad, bajo el postulado de que la Providencia y el alma humana se mueven en idéntica esfera y de que la historia del hombre es como el adecuado desarrollo educativo de la historia de la salvación. Y en esta espléndida síntesis clásico cristiana parecía asegurado el progreso no interrumpido de la humanidad.

Quizá esta síntesis fuese prematura. El equilibrio que ambas doctrinas afirmaban, de que todos los hombres sin excepción poseían cualitativamente la misma naturaleza, y que tanto la religión como la filosofía, y el ágora y el templo y el teatro, eran propiedad hasta de las clases más humildes, es posible que hubiera permitido alcanzar esa síntesis dentro de los límites del mundo antiguo, pero no en nuestro mundo

actual, cada día más grande, y tan extraordinariamente extendido, que hace imposible que el espíritu humano, en el presente estado de su desarrollo, pueda abarcar tan amplio horizonte. Quizá fuese un error suponer que estas grandes tradiciones —que tan supremo valor conceden a la personalidad humana— quedarían confirmadas y permanentemente autorizadas por el principio de educación general, el cual, atacando y destruyendo la ignorancia en sus más escondidos reductos, extendería a la masa los beneficios de que sólo gozaban las minorías; y elevaría a todos, sin distinción, a un estado de responsabilidad y de conocimientos que los convertiría en aptos miembros de sociedades libres, amplias y prósperas.

No cabe duda de que algo se ha frustrado, pues aun en las naciones más civilizadas, el ideal del hombre cultivado está en un proceso de decadencia, con la consiguiente pérdida de la autonomía intelectual y política, médula de las tradiciones clásicas. El intelectual y el universitario, a semejanza del hombre de la calle, se dejan dominar por la nueva superstición de la ciencia física, cuyos métodos trata de imitar, cualesquiera que sean las disciplinas que estudien, perdiéndose en técnicas, métodos y problemas que le alejan todo lo posible de los asuntos de interés público y de los problemas apremiantes y angustiosos que acosan al individuo moderno. Cada día existe menor relación entre los problemas públicos y las angustias y desazones de los individuos. Éstos, entrenados en

desempeñar funciones técnicas en enormes y mecanizadas organizaciones militares, económicas y burocráticas, en cuyas decisiones no intervienen y cuya finalidad no comprenden, llegan a perder todo sentido de la relación que existe entre esa finalidad y esas decisiones de los monstruosos mecanismos y sus problemas individuales. El único programa que se ofrece a su actividad es el de la obediencia automática. Es un programa de irresponsabilidad e ignorancia, y de separación y aislamiento de los individuos con la vida pública.

Hay que volver a la tradición clásica, a lo esencial en que está de acuerdo con la enseñanza del Evangelio: el infinito valor de la persona, a la cual hay que reconocer su independencia cultural y política, librarla de las ga-

rras de la burocracia y devolverle su razón perdida. Hay que resolver la dificultad que viene sufriendo el mundo moderno: la de mantener el difícil equilibrio entre las limitaciones que encadenan al hombre al proceso mecánico de la naturaleza y ese afán de libertad que le lleva a rebelarse contra toda acción automática y a sentir conciencia de su responsabilidad. Sólo escogidas minorías pueden tomar sobre sí la urgentísima misión de iniciar la vuelta al buen camino perdido, y de hacer de nuevo sana y fecunda la relación entre la conciencia individual y el poder del Estado.

PERO la formación de una minoría lleva consigo el peligro de la creación de una clase, que después de dar vida a valores culturales, quiera retenerlos para sí sola —logrando sólo complicarlos y degenerarlos—, por olvidar que la sana función social de una minoría consiste en ir generalizando la cultura por ella adquirida y en dejarse absorber por la clase más contigua, en la cual recaerá, a su vez, igual función rectora, igual transmisión o cesión de su papel rector a la clase contigua ya informada. Así, en la cultura del siglo XVIII en Inglaterra, no existió división entre la alta clase media y la aristocracia, y la cultura de ésta fue absorbida por la nueva clase que había de sucederla.

Sólo una escogida minoría puede aún resolver el problema de volver al sano camino de una amplia formación. De no iniciar pronto esa vuelta, la juventud de Europa caerá definitivamente bajo la tiranía de demagogos y dictadores, arrastrada por esa mal llamada irresponsabilidad juvenil, que no es sino un caos interior rebosante de apetitos que necesitan ser encauzados en ocupaciones que, aunque lleguen a ser fatigosas, produzcan satisfacción interior. Esa pasión por el orden y la autoridad que abriga la gente joven, puede ayudar extraordinariamente, bien dirigida, a la creación de una clase directora, en la cual se mezclen las virtudes de finura y desinterés que aún sobrevivan en la clase alta, las de competencia y responsabilidad de las clases profesionales, las de seriedad y solidez

de la sociedad burguesa, las de empuje y entusiasmo de las laboristas: todas las virtudes, en suma, que mejor puedan contribuir a la formación de una nueva clase, capaz de prevenir la catástrofe que tantos signos y tantas profecías anuncian.

Estaba pues empeñada la Residencia en su obra de educación liberal, en años en que las instituciones educativas sufrían ya, como todas las demás, la influencia de las grandes fuerzas económicas, militares y políticas que dominan el mundo moderno; en que las actividades culturales iban transformándose en actividades oficiales, y en que la atención a la voz de la conciencia corría el peligro de verse acusada de acto de traición contra el todopoderoso Estado. Era una obra de educación especialmente difícil para nosotros

los españoles, ya que nuestro largo decaimiento económico nos mantenía alejados de la dirección de los negocios de Europa, nuestras fuerzas culturales estaban relegadas a pequeños círculos y a clases medias rudimentarias, y nuestra masa sufría encadenada a primitivas necesidades económicas y a la esclavitud de la pobreza. Y para una obra de tanto empeño, no disponíamos de fuerzas tan desarrolladas como la gran tribuna literaria de Francia; ni del profesorado de las universidades del Estado, como en Alemania; ni, mucho menos, de esa imprecisa, pero fuertemente unida cultura que en Inglaterra es producto de las iglesias, las viejas universidades, la monarquía, los funcionarios, y la cultura de las familias nobles, que a base de su prestigio

resistieron la fuerza bruta del dinero y lograron conservar su autonomía.

No obstante estas dificultades, pudimos crear el ambiente propicio para la formación de la debida minoría, de la más inmediata a nosotros, de la más adecuada a nuestros particulares problemas dentro de la gran familia europea. Era un ambiente que fundaba su poder educativo en la influencia indirecta que ejercen los ejemplos personales, que inducen a la imitación de lo bueno, de lo generoso y de lo que es capaz de infundir fe constructiva y creadora. La vida en común entre el que influye y el influido (llamémosles maestro y discípulo) va acumulando un combustible, por medio de la conversación sostenida, que de pronto se enciende en el alma, pues el verdadero maestro lleva consigo un

mensaje cuyo objeto no es informar nuestra mente, sino reformar nuestro carácter, utilizando el instrumento adecuado: la conversación. Una conversación que sea como una extensión de nuestra conducta; porque al discípulo le impresiona más lo que hacemos que lo que pretendemos respetar. La separación entre doctrina y práctica corrompe a la juventud.

Poco más de un cuarto de siglo es un periodo demasiado corto para que nuestra minoría pudiera gozar de la madurez de sus frutos, frutos de cultura que sólo se desarrollan cuando un número de hombres trabaja para fines comunes, con una filosofía coordinada de la vida. Unidad de trabajo que se realizó gracias a esa comunidad de sentimientos por la cual las ideas se emocionalizan. Emoción que hemos

dejado bastante arraigada en la conciencia española para que nos permitamos contemplar con optimismo lo futuro.

SÉ hasta qué punto resulta hoy extraño —algunos dirán: anticuado— hablar en esta forma, pues si hasta la primera guerra europea, las ideas liberales de gobierno se practicaban en gran parte del mundo, y con mayor o menor dificultad iban haciendo su camino y extendiendo por todas partes su beneficioso influjo, bien sabemos que después de esa fecha, todos los movimientos revolucionarios que fueron adquiriendo poder en Europa (Italia, Alemania, Rusia, etc.) repudiaban con violento furor de poseídos las ideas y las prácticas del liberalismo; y que a esto siguió un alarmante colapso de la fe en las ideas liberales, de la fe en un sistema de gobierno que destruía

SÉ hasta qué punto resulta hoy extraño —algunos dirán: anticuado— hablar en esta forma, pues si hasta la primera guerra europea, las ideas liberales de gobierno se practicaban en gran parte del mundo, y con mayor o menor dificultad iban haciendo su camino y extendiendo por todas partes su beneficioso influjo, bien sabemos que después de esa fecha, todos los movimientos revolucionarios que fueron adquiriendo poder en Europa (Italia, Alemania, Rusia, etc.) repudiaban con violento furor de poseídos las ideas y las prácticas del liberalismo; y que a esto siguió un alarmante colapso de la fe en las ideas liberales, de la fe en un sistema de gobierno que destruía

el miedo a la opresión y aumentaba el disfrute de la libertad. Y sobre las ruinas de este Estado liberal se alzó un nuevo Estado, que en vez de ver limitada su acción por el consentimiento de los individuos que lo forman y por las exigencias de éstos respecto a la administración de la justicia y a la extensión de sus libertades, proclama una absoluta autoridad que no tolera la expresión de opiniones contrarias y que no acepta los límites que reclaman la justicia y la libertad; sino que utilizando los nombres de estas dos grandes ideas, los emplea como instrumentos de privilegios y de opresión. Y el pueblo gobernado no es ya unidad superior compuesta de individuos libres, sino una masa obligada a ejecutar —no a preparar ni a discutir— las disposiciones del gobierno.

Resulta, sin duda, extraño hablar en esta forma, cuando cada vez va desapareciendo más el diálogo.

Y cuando el mismo diálogo científico va cada día reduciéndose a menos fácil expresión en la lengua y en el pensamiento, y va destruyendo paulatinamente la vida de relación entre los hombres. Es como si la libertad y la razón hubiesen cesado de dirigir la vida humana; y como si el poder político, atento sólo a las armas de destrucción necesarias para una última y total guerra mundial, se desentendiera de cuanto es humano, de cuanto es únicamente importante en el mundo de la razón y en el mundo de la sensibilidad.

No hablar, sin embargo, de este modo, querría decir que creyéndonos definitivamente en manos del destino,

abandonábamos toda esperanza de influir en el desarrollo de la historia; que estábamos dispuestos a dejarnos ganar por la irresponsabilidad que domina hoy la vida política, y que nos resignábamos a la destrucción que a la raza humana pudiera acarrear esa cada vez más reducida minoría que domina las nuevas técnicas y puede decidir sobre la aplicación de ellas. Eso sería renegar de nuestra fe humanista, no creernos con pasión moral y con energía intelectual para combatir la fatal tesis de que el progreso moral del hombre es imposible.

No aceptamos esa tesis. No renunciamos a las conquistas de la civilización occidental, ni a su concepto de la vida racional, ni a su fe en la posibilidad de la libertad. Concedemos supremo valor a la personalidad humana,

y no estamos dispuestos a ceder a esa crisis espiritual que ha conducido al hombre moderno a amilanarse ante la grave responsabilidad que le impone el ejercicio de la vida racional, y ante el excesivo peso de la responsabilidad diaria y de la elección personal que la libertad impone. Las mayores dificultades del hombre comienzan cuando le es posible obrar con libertad: entonces encuentra tan difícil esa actividad personal, que se refugia en un escepticismo total, antecámara de la ciega sumisión a una autoridad absoluta.

Repetidas veces ha habido que pagar en la historia el desconocimiento o el olvido de que para dominar y guiar lo irracional humano hay que usar una estrategia tan imaginativa como realista; pues si el hombre es, por un lado, artífice de sí mismo, de

su mundo individual, tiene por otra parte que aceptar el mundo histórico en su existencia irracional y tratar de dominarlo y conquistarlo. El mundo edificado por la razón —y en el que el hombre civilizado hace uso de su libertad— está construido con tan frágiles materiales (ocasionalmente aportados por la inteligencia y energía de un reducido número de personas), que para conservarlo y mejorarlo tenemos que vigilar con especial cuidado esas fuerzas irracionales siempre dispuestas a destruirlo, fuerzas que ejercen decisiva influencia sobre nuestros pensamientos y nuestra conducta, sin que apenas nos demos cuenta del poder que sobre nuestra vida tienen. Si esas fuerzas son despreciadas, pronto toman su desquite; y ante su ofensiva, la razón se retira y acaba por desapare-

cer, quedando sustituida por un des-
gano espiritual y una visión pesimista
del mundo que conducen a la paraliza-
ción y a la muerte.

No debe tampoco construirse ese
delicado mundo de la razón y de la
libertad sin tener en cuenta los peli-
gros del excesivo racionalismo y del
idealismo extremado; es decir, el de
una concepción de la vida racional de-
masiado arrogante e insensible, que
desestime esas fuerzas oscuras irracio-
nales que tienen su asiento en nuestro
propio ser; o el peligro de un ideal
perseguido con tan ciega fe y cerrado
dogmatismo, que conduzca a la supre-
sión de la libertad y a un fanatismo
político cuya exaltación y frenesí le
lleven a imponer sus dogmáticos prin-
cípios por medio de la violencia, del
terror y del crimen. Hay que apoyar-

se en una fe que huya de toda fórmula absoluta y de toda afirmación dogmática; una fe que reconociendo el supremo valor de la personalidad humana, proclame que el principal objeto de la política es el bienestar del individuo; que el Estado está hecho para el hombre, y que éste no puede sacrificar sus derechos y su libertad individual en aras de un presunto Estado ideal.

Debemos poner nuestra fe en un principio de moderación política, que en un constante esfuerzo de experimentos y tentativas trate de hacer más digna, rica y feliz la vida del individuo, y que niegue que el individuo es simple juguete de procesos históricos sobre los que no tiene poder la razón humana. Hay que crear una lealtad y un fervor por esta vía media,

que tan alejada se encuentra de la certeza absoluta como del inflexible dogma. Nos declaramos partidarios de una filosofía de moderación.



El hombre es dueño de su progreso moral, si es capaz de irlo consiguiendo al margen del peligro constante de la irracionalidad de la conducta humana, de la final inseguridad e impotencia del hombre, de la inmensa crueldad de la vida, y si sigue esa vía media, tanteando y examinando su camino a la luz de su razón. En el hombre reside la responsabilidad del cambio, y no en la historia ni en la naturaleza.

La historia no es sino el proceso ascendente del progreso moral del hombre. Y en cuanto a la naturaleza —totalmente indiferente al progreso humano—, si estudiamos su proceso no es para conformarnos con él, sino para combatirlo.

ESTA equilibrada vía media comunicó a nuestra obra un reposo intelectual y una serenidad de visión que muchos reprochaban, por estimar que sólo podían florecer en ambiente enrarecido, apartado de los problemas españoles, indiferentes a ellos y únicamente apto para engendrar un concierto de voces monótonamente unísonas. Inteligencias finas, sin embargo, intuían lo que de pasión contenida y de ansia de ver alzarse y triunfar el nombre de España había en el afán con que nos rodeábamos de valores ya reconocidos y respetados; en la gozosa esperanza con que asistíamos al reconocimiento de los talentos de nuestros Residentes (versos de García Lorca o de Prados;

trabajos científicos de Guerra, Ochoa, Grande, Catalán, Pascua, Méndez; películas de Buñuel; pinturas de Dalí; composiciones de Bal; oposiciones de Becuña, Cruz y tantos otros catedráticos, profesionales y diplomáticos...); en la estimación que nos inspiraba la extensión de la obra residencial en la Fundación Del Amo, de Madrid, y el Colegio de España, en París, bajo las magistrales direcciones de León y de Establier; en la gratitud que sentíamos hacia los distinguidos catedráticos y arquitectos que se disponían a inaugurar los nuevos Colegios de Alcalá y de Córdoba, en la Ciudad Universitaria, y de España, en Londres; en el gusto con que recibíamos el leal y constante apoyo de figuras socialmente destacadas (como los duques de Alba; los marqueses de Palomares y Silvela;

los embajadores de Inglaterra, lord Howard y Sir George Grahame; el de Bélgica y su esposa, la escritora Alexandra Everts Commeno; las aristocráticas damas que dirigieron la famosa Sociedad de Cursos y Conferencias); y en el esfuerzo, en fin, que poníamos en merecer la confianza que en nosotros depositaban las más altas autoridades del Estado, y los políticos, funcionarios y los numerosos simpatizantes activos —los Quinientos, como los llamaba Moreno Villa—, sin cuya ayuda nada habríamos conseguido, a pesar de nuestra dedicación y de nuestro esfuerzo.

Pasión refrenada: un temblor expectativo bajo una apariencia serena. Así transcurrieron aquellos veintisiete años de la Residencia, en esa rígida y callada disciplina que nos ayudó a no

perder ánimo en los veintitrés años de inacción y retiro que siguieron a aquéllos de acción y presencia. Si en estos años de acción necesitamos los numerosos colaboradores mencionados para ayudar a la ascensión de nuestra obra, no menos precisos han sido, para mantener nuestro optimismo y nuestras esperanzas, en los años de inacción y retiro, los constantes mensajes de los Residentes de dentro y de fuera de España; las cartas animadoras de Moreno Villa, Juan Ramón, Palomares, Pittaluga, Onís, Sacristán, Keyserling, Baruzi, Prieto, Solís...; las numerosas visitas (que no nombraré) recibidas en 2, Wellington Place; los textos elogiosos de Trend, Ortega, Castro, Alberti, Reyes, Starkie, Torre, Gili Gaya, Salazar Chapela...; el continuo

contacto del duque de Alba, proclamando en España y en tierras extranjeras, su invariable respeto a cuanto la Residencia representaba...

Interrumpamos esta para mí emocionante lista de nombres queridos y respetados, todos ellos ligados a la Residencia y ligados entre sí por el trabajo que en común han hecho para crear en España una nueva manera de sentir.

Si no de falta de intensidad, podría acusarse a nuestra obra de falta de extensión: esa falta de dilatadísima base nacional, fue lo que permitió que nuestra labor quedase truncada, es decir, privada de una parte esencial de su crecimiento. Lo que ocurrió hace justamente veintitrés años, cuando sólo contábamos la temprana edad de veintisiete. Quedó truncada, aunque en espera de mejores tiempos.

Esperemos, pues, el final desarrollo de nuestra empresa. Volvamos amorosamente los ojos a nuestra Colina de los Chopos. (Por ella discurre aún el canalillo, y allí viven —me dicen— las adelfas de Juan Ramón; y se elevan muchos chopos, en recuerdo de

nuestros poetas; y el pabellón de laboratorios, que trazó Flórez, sigue levantando sus nobles torres, frente al banco del duque de Alba; y en aquel rincón del claustro, sigue plantada la higuera que Marcelino —obtenido el permiso de nuestros arquitectos Domínguez y Arniches— plantó en el Auditorium, admirado por el arquitecto Lutyens; y los cuartos de Moreno Villa, Juan Ramón, García Lorca y Unamuno —por nombrar sólo a los desaparecidos—, aunque perdida su enalada austeridad, pueden aún avivar en nosotros recuerdos suyos.) Sí, volvamos allá los ojos; no lamentando una esperanza perdida, sino con ánimo confiado de que la brillante promesa se cumplirá en lo futuro.

Que los Residentes repartidos por el viejo y por el nuevo mundo, dedi-

quen en este año de nuestro Cincuentenario un especial recuerdo a aquella Colina, donde, con el pensamiento fijo en los mejores ejemplos de nuestra España, quisimos volver a esa tradición crítica y razonable, moderada y tolerante, que estima que sólo en una atmósfera de amplia formación puede florecer la dignidad humana.

Esa es la tradición en que creció la Residencia, y a la que se acogieron sus más ilustres colaboradores; y también cuantos supieron apreciar el profundo sentido religioso y patriótico de nuestra obra.

TERMINEMOS estas palabras. Con ellas sólo he tratado de trazar una breve historia de la obra realizada por la Residencia. Obra interrumpida a los veintisiete años de marcha ascendente: antes de que los hombres en ella formados tuviesen ocasión de ejercer influjo en los asuntos públicos españoles.

También he tratado de declarar cuáles fueron los fundamentos de nuestra labor. O mejor dicho, cuáles son, ya que la ausencia y la distancia no han destruido, sino más bien fortificado, la comunidad espiritual de los miembros de la Residencia.

La emoción liberal que nos guiaba no persiguió principios absolutos (cuya falta de confines se presta a la vague-

dad de las aspiraciones y a la imprecisión de las acciones), sino que se limitó, y se limita, a restaurar las necesidades básicas humanas de libertad y de razón, las cuales sólo deben disfrutarse dentro de los límites muy exactos supuestos por la ley.



Acostumbrados a oír, en los tiempos actuales, ambiciosas y dogmáticas afirmaciones que, ó proclaman repúblicas ideales, o manejan conceptos medievales de autoridad política, nuestra sencilla exigencia de las necesidades básicas humanas de libertad y de razón —sin las cuales la vida se hace

intolerable—, y nuestro respeto a esa autoridad que impone la ley basada en el consentimiento de los gobernados, pueden ser acusados de excesivamente limitada en sus aspiraciones, y de excesivamente respetuoso del principio de autoridad.

No importa. Levantemos como bandera esas acusaciones. Y, mesuradamente, volvamos a caminar hacia nuestra buena tradición de respeto a la ley y de goce de libertad. E incorporados —todos unidos, Residentes de todas las partes de España— a esta marcha que podríamos llamar de renovación moral, demostremos que hemos sabido aprender las terribles lecciones de la vida pública española. Y, dando por terminados los tiempos de agitación, emprendamos la difícil y gloriosa tarea de preparar tranquilas cosechas.

cuyos productos —que variarán según las cambiantes circunstancias y según el desarrollo de nuestro país— ayudarán a resolver los problemas de cuya solución depende la vida histórica de nuestra España.

